

su cautividad, la apartó de su lado, y derramó muchas lágrimas en aquella mansión «mortal, oscura, lúgubre;» son sus palabras. Y sucumbió lentamente; dos criadas suyas murieron primero. El mismo carcelero enternecido dirigía al rey tristes relaciones de aquella horrible agonía: recordaba la falta de aire, el llanto en la oscuridad, la fiebre. Felipe no puso ninguna nota al margen. Acaso hubiera entreabierto la ventana, si la mujer presa dentro se hubiera humillado; pero las lágrimas de la princesa de Eboli permanecieron silenciosas, ni los sufrimientos, ni la fiebre la hicieron doblegarse. Yo, escribía á su hijo, yo mendigar justicia! nunca (1). Después de haber resistido diez y ocho meses á esta tortura que se añadía á los once años precedentes de persecucion, murió la princesa de Eboli á los cincuenta y dos años de edad (2).

En presencia de esta fria crueldad contra una mujer que se ahoga, se siente uno tentado á admitir de nuevo la conjetura de que fué el resultado de la venganza de una pasión

desdeñada. Antonio Perez no se atrevió á formular francamente esta acusacion en sus escritos; pero la sembró, por decirlo así, en sus narraciones en el extranjero. «Supimos de él, dice d'Aubigné (3), que habiendo llegado el rey de España y él á ser rivales en el amor de una dama, se enredó la cuestion, y el rey hizo uso del derecho del más fuerte.» Pero Perez desempeñaba su papel presentándose entre los enemigos de España como víctima de aventuras novelescas. En cambio, se puede explicar la crueldad de Felipe por el deseo de mortificar al hombre que se le había escapado, descargando todo el peso de su saña en las dos mujeres á quienes Perez amaba, la esposa heroica y la princesa culpable. Su víctima le desafiaba: de aquí el refinado castigo en lo que de ella quedaba. Durante estos doce años, la lucha, las confesiones que se le arrancaron, y la noble resistencia de dos mujeres que no se doblegaban, hicieron que el rey llegase poco á poco al colmo de la exasperacion.

CAPÍTULO III

CONQUISTA DE PORTUGAL

1577—1582

EL REY D. SEBASTIAN.—CAMPAÑA DE MARRUECOS.—EL REY CARDENAL.—CAMPAÑA DEL DUQUE DE ALBA

El rey Don Sebastian.

Las familias reinantes de España y Portugal se unieron en todos tiempos por los vínculos del matrimonio: el joven rey Sebastian era hijo de la reina Juana, hermana de Felipe II, y nieto, como el príncipe Don Carlos, de la reina Catalina, hermana de Carlos V (4); como el príncipe Don Carlos, era enfermizo, irascible, inquieto y tenía horror invencible á las mujeres (5). Se hablaba tan públicamente de esta última enfermedad, que le hacia fácil ser cas-

(1) Pieza publicada por Don Gaspar Muro, pág. 265.

(2) El 2 de febrero de 1592.

(3) *Las Historias*, tom. III, pág. 430 de la edic. de 1626.

(4) La primera mujer de Felipe II, María de Portugal, madre del príncipe Don Carlos, era hija de la reina Catalina y hermana del padre del rey Sebastian.

(5) El mismo defecto se nota en otros príncipes de la familia, como el emperador Rodolfo y el archiduque Alberto.

to (6), que Felipe II hubo de enviarle á su médico el doctor Almazan, para que tentara una curacion imposible. Los religiosos teatinos que educaban á este joven príncipe, procuraban refrenar sus violentos instintos é impedían que se aniquilara en las fatigas de la caza ó se arriesgara en una barca á perder la vida durante las tempestades; pero se ocupaban sobre todo de los intereses de su orden. «Son estos, escribía un francés á Catalina de Médicis (7), dos hipócritas peligrosos, más amigos de la venganza que de la religion. Uno de ellos es con-

(6) Cabrera, tom. II, pág. 345. «Fué tenido por su castidad en que murió, por inhábil para la generacion.»

(7) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fol. 599. Fourquevaux á la reina madre. Cabrera (tom. II, pág. 342) los cree padres de la Compañía de Jesus, llamados apóstoles en Portugal. Los teatinos formaban una orden importante en Portugal: el tío del mismo rey, el cardenal Enrique, pertenecía á ella.

fesor y el otro pedagogo del joven rey y del Consejo de Estado.»

Sebastian tenía el pelo rojo, los ojos azules: su demencia fué muy luégo caracterizada por la idea fija de una cruzada. Lleno de odio á todas las alegrías y de desprecio á todos los amores, el pobre mozo se creyó predestinado á la conquista de Africa. En 1577, cuando por la muerte de su abuela la reina Catalina, podía abandonarse sin sujecion á sus caprichos, recibió la visita de Abd-el-Mohammed, hermano del soberano de Marruecos Abd-el-Melek, y pretendiente á la corona (1). Se lisonjeaba de que este pretendiente favoreciera sus proyectos, y propuso á Felipe II la empresa de acometer con él la conversion de Marruecos con las armas.

El rey de España veía demasiadas ventajas en dejar en reposo las querellas con los musulmanes para no luchar contra este capricho de su sobrino; y con la esperanza de hacerle entrar en razon, le envió al portugués Don Cristóbal de Mora.

Mora había llegado á Madrid como paje de la reina Juana, hermana de Felipe II; se había captado el favor del rey valiéndose de todos los recursos del arte del cortesano; y como en otro tiempo su compatriota Ruy Gomez, iba á llegar de simple paje á las más altas dignidades del reino. Desde su primera conversacion con el rey Sebastian comprendió que sería inútil toda exhortacion dado el estado mental en que lo encontraba, y supo hábilmente eludir un fracaso conduciendo consigo al joven rey portugués á presencia de Felipe II. Los dos príncipes se encontraron en el monasterio de Guadalupe (2). La alegría de los pueblos era tan grande, que se hubiera creído que adivinaban que el rey Sebastian venía á poner su corona en manos de su tío (3). Felipe se adelantó á recibir al rey de Portugal, bajó de la carroza á su aproximacion, le hizo subir por la portezuela que había quedado abierta, y dando él la vuelta á la carroza, subió por la otra portezuela (4). La reina Ana le enviaba presentes de tapices de cuero, guantes, ropa blanca y otros efectos raros muy estimados.

Pero los consejos fracasaron ante la frialdad de la demencia. En vano el virey de Valencia, Vespasiano de Gonzaga (5), ofreció

(1) Le fué presentado «por Don Pedro de Acuña, caballero portugués, esclavo suyo.»

(2) Diciembre de 1577.

(3) Cabrera.

(4) Cabrera «Por el lado donde se apeó, y dando la vuelta, entró por el otro estribo.»

(5) Cabrera, tom. II, pág. 396.

sublevar á los moros de Africa contra la dominacion turca, haciendo así inútil la cruzada; en vano, después de la vuelta á Lisboa, el embajador español Don Juan de Silva renovó las instancias de Felipe contra una expedicion tan inconsiderada (6); el desgraciado Sebastian se dió con impaciencia más febril á sus preparativos contra Marruecos. Si la nobleza portuguesa se dejó seducir por la gloria de una empresa caballeresca, los campesinos se ocultaban de los agentes de la recluta, y cuando eran enganchados, se dejaban arrastrar dando suspiros y convirtiendo los ojos á sus abandonadas familias (7); nadie disimulaba sus siniestros presentimientos ni dejaba de murmurar (8). El clero se negó á dar el tercio de sus rentas que exigía el rey, el cual sólo pudo obtener una suma de ciento cincuenta mil ducados para los gastos de la cruzada (9); los judíos fueron sometidos á contribucion más crecida, y aquí surgió un conflicto curioso con España (10).

Los judíos expulsados de España por Fernando el Católico, habían afluido á Portugal, donde en 1497 fueron obligados á convertirse al cristianismo: desde aquella época, ellos y sus descendientes estaban separados de la poblacion con el nombre de *cristianos nuevos*, y sometidos á las más crueles vejaciones: la menor infraccion de los reglamentos, con ser tan vejatorios, traía consigo la confiscacion de bienes. Habían redimido este derecho de confiscacion con un tributo anual, y ofrecieron elevarlo, en caso de guerra con Marruecos, á doscientos veinticinco mil ducados. La administracion portuguesa, que no quería se disminuyera un rebaño tan provechoso, procuró comprender en la reparticion de este tributo á todos los españoles establecidos en Portugal, sin exceptuar los de las familias nobles que se llamaban *cristianos viejos*. Era un deshonor para cuarenta y cinco familias españolas, pues no había mancha tan infamante como la sangre judía ó mora y

(6) *Doc. inéd.* tom. XXXIX, pág. 465 y siguientes; pág. 533. Carta de Felipe II á Sebastian, del 18 de marzo de 1578.

(7) Cabrera, tom. II, pág. 467.

(8) Arias Montano á Zayas, 28 febrero 1578. Ms. col. privada.

(9) Cabrera, tom. II, pag. 394.—Nardin, *la Union del reino de Portugal*, pág. 26. Este libro es una traduccion en francés, impresa en Arras en 1600, de la obra italiana de Franchi Conestaggi. Este Conestaggi se limitó á su vez casi á traducir al español Herrera. Véase tambien una relacion inédita, Ms. Bibl. nac. fondo español, 188. (Para los Ms. de nuestro fondo español, remito á los números del catálogo que redactó Morel Fatio.)

(10) Carta de Arias Montano á Zayas, citada más arriba. Como este documento es inédito, como da á conocer importantes detalles sobre la situacion de Portugal en aquella época, y es un ejemplo del estilo administrativo puesto en moda por los empleados de Felipe, se publica íntegro al final de este volumen.

el nombre de *cristiano nuevo*. Pero Felipe no se atrevió á intervenir en favor de ellas, y la suma fué consignada. Los preparativos de guerra se precipitaron por la impaciencia pueril de Don Sebastian, y la escuadra de conquista se hizo á la vela el 15 de junio de 1578.

II.—Campaña de Marruecos.

Don Sebastian había reunido unos veinte mil soldados portugueses, italianos y alemanes con sus criados.—Somos poco numerosos, escribía el embajador español Silva, que los acompañaba (1); bisoños, mal mandados y peor disciplinados.

Hicieron escala en Cádiz, se detuvieron en Arcilla, en la costa de Africa, y perdieron un mes (2). El emperador Abd-el-Melek aprovecha estas dilaciones para reunir su ejército en Salé: llama con preferencia bajo su estandarte á los antiguos moriscos de Andalucía que habían emigrado al terminar la rebelion y estaban acostumbrados á pelear con los cristianos (3); y les recomienda que reserven todos sus esfuerzos para batir á los portugueses é italianos. «En cuanto á los alemanes (4), no os cuideis de ellos; no valen nada.»

El interés de los cruzados era desembarcar en Larache y no en Arcilla, ó á lo ménos costear al pasar de Arcilla á Larache, de modo que no se apartaran de su escuadra y provisiones. Pero Don Sebastian, cuyo designio era vencer con peligro (5), en todos los consejos veía sólo cobardía (6). Con esto entró tierra adentro. Si á lo ménos hubiera sabido marchar con rapidez, habría inspirado acaso audacia á los partidarios de su protegido Abd-el-Mohammed, y determinado una revolucion de serrallo; pero el 29 de julio (7), seis semanas despues de la partida, está todavía á seis millas de Arcilla. Al día siguiente manda distribuir á cada hombre raciones para cinco días: se comienza por consumir

(1) *Doc. inéd.* tom. XL, pág. 83. Silva á Felipe II, 27 de julio de 1578.

(2) Cabrera, tom. II, pág. 468.

(3) Nardin, pág. 48.

(4) Herrera, tom. II, pág. 196. «Deshacia la fama del valor de los alemanes y persuadiales a no temellos.»

(5) Cabrera.

(6) Aubigné, *las Historias*.

(7) Hé aquí el calendario de esta campaña:

Martes 29 de julio de 1578, campamento de los Molinos.

Miércoles 30, campamento de Almenara.

Jués 31, el mismo campamento.

Viernes 1.º de agosto, campamento de Truxena.

Sábado 2, campamento del puente. Abd-el-Melek está ya en Alcazar Kebir.

Domingo 3, se pasa el rio y se acampa á la parte de allá del puente.

Lunes 4 de agosto de 1578, batalla de Alcazar Kebir.

dos en el campamento de Almenara; se pasa el rio Mucazen el día quinto, y se acampa allende el puente en presencia del ejército musulman, en la llanura de Alcázar-Kebir.

Allí se agotan las provisiones. Volver en un día á paso de carga á pedir las á la escuadra al través de la caballería marroquí, es una derrota inevitable: es preciso combatir y vencer el mismo día; se sabe, sin embargo, que el emperador enemigo está moribundo, que de un momento á otro acabará con él la enfermedad; su ejército se desbandará, y el aliado de los portugueses Abd-el-Mohammed será aclamado en su lugar. ¿Quién morirá primero, el portugués de hambre, ó el emperador de enfermedad? Don Sebastian no piensa más que en batallas; forma su caballería en pelotones de seis hombres, les pasa revista, y se detiene delante de un peloton de cinco jinetes...—Es verdad, señor, no somos más que cinco, le dice el más viejo, Don Gomez Freire de Andrade; no tengo más que cuatro hijos, que son éstos: hénos aquí.

El emperador Abd-el-Melek vacila. Si se retira lentamente ante los cristianos va á verlos caer delante de sí desfallecidos de hambre; pero si muere ántes, va á entregarse su ejército al odiado rival que traen los portugueses. Sus fuerzas se agotan; la victoria está cerca y la muerte también: elige la batalla. Envuélvese en un albornoz de tisú de oro, corrigiendo este esplendor su palidez (8); se hace sostener en su caballo por dos jinetes. Ve la primera carga de los caballeros portugueses que acuchillan su vanguardia; saca su alfanje, da un grito y cae muerto sobre el arzon de su silla.

Pero en este momento se dan á la fuga sin combatir los alemanes (9); los portugueses y los italianos son acorralados, batidos y degollados. El rey Don Sebastian cae también muerto, sin que se pueda encontrar su cadáver. El pretendiente marroquí se ahoga al pasar el rio Mucazen, crecido por la marea. Tres soberanos mueren así en una batalla, y el ejército cristiano desaparece por completo.

Algunos centenares de fugitivos pueden llegar á Arcilla llevando á la escuadra la noticia del desastre. En esta catástrofe perdía Portugal toda su virilidad; en algunos minutos habían perecido los que tenían patriotismo y virtud militar. El país quedó enervado por más de cincuenta años. ¡Notable ejemplo de lo que

(8) Aubigné, tom. II, pág. 393.

(9) Cabrera, tom. II, pág. 479.

puede la demencia de un sólo hombre para la desgracia de un pueblo! El poeta de las glorias nacionales, el viejo Camoens, en su lecho de hospital oyó la narracion de la batalla de Alcázar-Kebir, lloró, desvió la cabeza y murió.

III.—El rey Cardenal.

La familia real estaba casi estinguida, y los portugueses se dieron prisa en ceñir la corona á la frente del último príncipe de la raza: este nuevo rey, el cardenal Enrique, tenía cerca de sesenta y siete años (1). Felipe II, «que sabía que el cardenal no podía vivir mucho tiempo,» (2) estuvo pronto á hacer valer sus derechos, como hijo de la emperatriz Isabel de Portugal, (3) y envió al fiel Mora á Lisboa, haciéndolo seguir de cerca, sin embargo, por el embajador Silva, que había caído prisionero de los marroquíes en Alcázar-Kebir, y recobrado sin rescate su libertad. Su presencia era necesaria para ganar la opinion pública en medio de las pretensiones de los demás herederos.

Las menos peligrosas eran las de Ranuce, hijo de Alejandro Farnesio, y las del duque de Saboya. Los dos, como Felipe, eran hijos de princesas portuguesas; pero estaban demasiado íntimamente ligados bajo la dependencia de España, para no confesar que su grado de parentesco era más lejano que el de Felipe. Catalina de Médicis no parecía más temible: enlazábase á un rey de Portugal, muerto hacia muchos siglos, por medio de una abuela cuyo nacimiento había sido legítimo, cosa bastante rara en Portugal (4); pero podía esperarse que por títulos tan dudosos no comprometería la paz entre Francia y España. Otro nacimiento, igualmente sospechoso, daba más inquietud á Felipe II.

El infante Don Luis, hermano del cardenal, (5) había legitimado al morir á un hijo que

había tenido de una judía convertida, Yolanda Gomez, la *Pelicana*, por mal nombre. Pero el acta que legitimaba á Don Antonio, este hijo de Don Luis, se había tenido secreta y al parecer sólo se había extendido para que se le permitiera entrar en la orden de Malta. Don Antonio, que era prior de la rica encomienda de Crato, había sido hecho prisionero en la batalla de Alcázar-Kebir. Enseñando á los moros su cruz blanca, había pasado por un pobre hombre de iglesia, rescatado á poca costa su libertad y vuelto á Portugal, donde trabajaba cerca de su tío el cardenal, para que se le declarara heredero de la corona. Pero hubo de cometer la falta de no presentarse como príncipe real, con su cruz blanca y su priorato, «creyendo que no era menester desnudar al sacerdote para vestir al rey» (6). Carecía también de energía y se consideraba ya desposeído ántes de haber comenzado la lucha.—El rey de Castilla está seguro de reinar sobre los portugueses, los cuales están ganados todos para este empeño, escribe á nuestro embajador Saint Gouard, luego que sale de las manos de los moros (7); el rey musulman ha restituido al rey de Castilla su embajador y diez ó doce caballeros; últimamente le ha hecho presente del duque de Barcelós, hijo de la duquesa de Braganza. Yo estoy dispuesto á retirarme á Francia, si el rey Enrique III quiere aceptar mis servicios.

Con esto, el cardenal parecía preferir á la duquesa de Braganza, hija de su otro hermano el infante Don Duarte, olvidando al pusilánime bastardo (8).—Esa duquesa es judía, objetaba Felipe (9) que por otra parte había tenido cuidado de echar mano al hijo de este rival, el duque de Barcelós, en el momento en que le fué entregado este jóven en Gibraltar por los marroquíes (10). Otro obstáculo á las pretensio-

(6) D'Aubigné.

(7) Ms. Bibl. nac. fond. esp. n.º 183, fol. 74, Don Antonio á Saint Gouard, del 25 nov. 1579. «Estoy en esta ciudad de Cascays fuera de tantas penas y de tan largas peregrinaciones.» Esta carta hace conocer también la cautividad de Don Antonio.

(8) Herrera, tom. II, pág. 210.

(9) Cabrera, tom. II, pág. 511.

(10) Nardin, pág. 185.

(1) Nació el 31 de enero de 1512; fué proclamado rey el 27 de agosto de 1578.

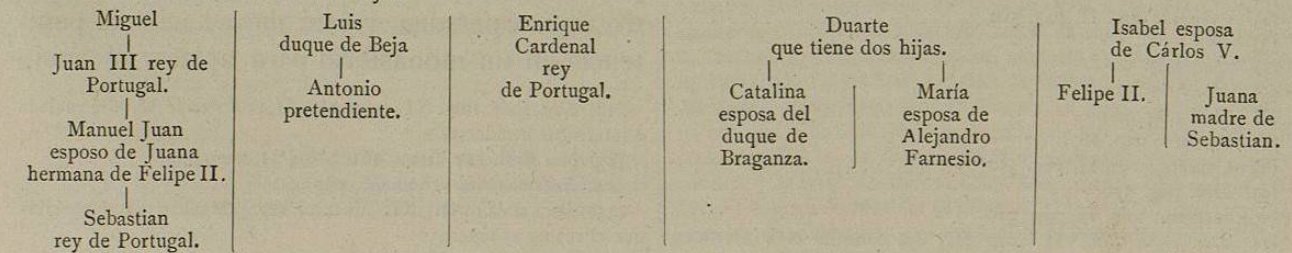
(2) Herrera, tom. II, pág. 210.

(3) Cánovas del Castillo. «Sin la menor indecision y con singular vigor y presteza.»

(4) Aubigné, tom. II, pág. 318.

(5) La genealogía está muy claramente resumida. Ms. Arch. nacional, K. 1672, pág. 11:

Manuel el Grande tiene cinco hijos:



nes de los Braganzas era la incapacidad del duque, por su descortesía, poco valor y sustancia (1). Así, inquieta la duquesa, viendo á su marido poco estimado y retenido á su hijo en rehenes, fingió escuchar á Mora que le aconsejaba ceder sus derechos al rey de España y ofrecía casar á su hija, que le quedaba libre, con el cardenal que tenía cincuenta y tres años más que esta su sobrina (2).

El viejo cardenal con su cabeza temblona (3) pensaba en hacerse relevar de sus votos por gracia del Padre Santo y en fundar una nueva dinastía.—Serían capaces de darle una mujer ya en cinta (4), exclamó Felipe con terror. Y entabló enérgicas gestiones en Roma para detener la bula que autorizara semejante matrimonio (5). Al mismo tiempo hizo distribuir memorias que demostraran sus derechos hereditarios al trono de Portugal, «y todos escribían maravillas, y los tratados fueron traducidos en latín para que lo comprendieran mejor todas las naciones» (6).

Los teólogos no se quedaron atrás en este empeño: el célebre Fray Diego de Chaves los inspiraba á todos con su acostumbrado celo (7); y fué secundado por otro confidente de las ejecuciones secretas, el siniestro Fray Hernando del Castillo, aquel religioso «grave y docto» (8) que había oído la confesión de Montigny, mientras esperaba el estrangulador el término de sus homilias. Aplicó su elocuencia á despertar los escrúpulos del cardenal rey para impedirle que hiciese uso de la bula pontificia que autorizara su casamiento, si no se lograba interceptarla. Fray Hernando renovaba importunamente sus instancias hasta en público (9), llegando á hacerse insoportables al anciano, y no cesaron hasta la llegada á España de un nuncio apostólico.

La intervencion del papa era tan odiosa á Felipe II como la persona del prelado enviado de Roma (10). Era este el nuncio Segá, el mismo que había llevado á Bruselas para Don Juan de Austria los ducados y las indulgencias para la quimérica expedición de Inglaterra. «No hay ocasion, escribían los teólogos de Felipe II (11),

(1) Cabrera.

(2) Cabrera, tom. II, pág. 501.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.* pág. 518.

(5) *Ibid.* pág. 511.

(6) *Ibid.* pág. 486.

(7) Nardins, pág. 187.

(8) Cabrera, tom. II, pág. 512.

(9) *Ibid.* pág. 518.

(10) Herrera, tom. II, pág. 210.

(11) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 277. La consulta está inserta en las *Memorias* de Fray Juan de Jerónimo.

para que Su Santidad ahora conozca judicialmente desta causa. El rey de Castilla, como tal, tiene por derecho divino natural autoridad para conocer y examinar y definir jurídicamente el derecho de lo que le pertenece. Ni vale decir contra esto que S. M. es parte pretensor y que así no puede ni debe ser juez en este caso, porque no se puede llamar sino juez verdadero que se adjudica el reino como señor supremo. Y el usar S. M. de las armas, en esta ocasion será defensa natural del reino que le pertenece y justo castigo de los rebeldes.»

En cuanto á los derechos de la nacion portuguesa, el clero de Felipe II se dignaba intervenir tambien, mas para no tener ya en cuenta sino los del papa. «Portugal no tiene ningun derecho, decía, porque los transfirió en el primer electo y sus subcesores.» Aquel pobre pueblo estaba de duelo desde la fatal cruzada; todos esperaban á los que habían desaparecido; nadie sabía quién había muerto ni quién estaba cautivo; las mujeres consultaban á las hechiceras para saber si eran viudas (12). La opinion predominante era un odio nacional contra los españoles. Estas preocupaciones entre los pueblos eran muy vivas en aquella época; pero en ninguna parte tan inveteradas como entre portugueses y españoles. «El pueblo de este país, escribe nuestro embajador Saint Gouard (13), es tan portugués, que más bien se daría al turco que someterse á los castellanos.» Y Brantome (14) que hablaba muy bien el castellano, fué mal recibido en Lisboa por una criada que lo creyó español.—Mal hablada, le dijo su ama, ¿no te avergüenzas de llamar castellano á un hombre de honor como este francés?—Las mujeres gustaban de imaginarse que el rey Sebastian no había muerto, y que reaparecería cuando ménos se pensara (15). Corría entre ellas el cuento de que la noche que siguió á la infausta batalla, había llegado á Arcilla un hombre que se hizo abrir la puerta diciendo que era el rey, y había partido el día siguiente, oculto en un navío. En buen hora, decían los españoles; dijo que era el rey para que le abrieran la puerta, y se ocultó para que no lo castigaran por su fraude (16).—No, se replicaba, era nuestro rey en persona, y está ahora haciendo penitencia en un monasterio para aplacar el enojo

(12) *Doc. inéd.* tom. XL, pág. 149, Mora á Felipe II. «Se vuelven á interrogar hechiceras.»

(13) Ms. Bibl. nac. franc. 16107, del 31 enero 1580.

(14) *Rodomontades espagnoles*, pág. 41.

(15) *Doc. inéd.* tom. XL, Mora al rey. «Muchas son de opinion que el rey no es muerto.»

(16) Cabrera, tom. II, pág. 485.

de Dios, que acaba de castigarnos tan recientemente.

Nadie se atrevía á esperar un príncipe del futuro matrimonio del rey cardenal. Se sabía que había empleado en vano el brebaje del Unicornio y la piedra bezoar, para obtener vigor; pero esto no tenía eficacia con todos (1). Felipe estaba informado de la precoz caducidad del príncipe cuya sucesion anhelaba.—Está muy viejo y quebrantado, escribía Mora (2); oye con dificultad y tiene mucho apego á los Padres de la Compañía de Jesus.

El clero portugués tenía en sus sentimientos patrióticos tanto ardor como el pueblo: se veía con horror en peligro de caer en la condicion de la Iglesia española sometida á las intrigas de los teólogos cortesanos y á una inquisicion sojuzgada por el rey. Unicamente los jesuitas se habían consagrado á los intereses de Felipe II y procuraban mañosamente seducir al viejo cardenal para que lo reconociera por su heredero.

En medio de aquella gente irritable é inquieta trabajaba con maravillosa destreza Don Cristóbal de Mora: ya obtenía de Felipe cartas firmadas en blanco que dirigía á los sobrevivientes de la nobleza, despues de haberlas llenado segun el carácter de cada uno; ya seducía á un obispo alarmándolo con la agitacion del clero bajo; un día obtiene una orden de destierro contra el pretendiente Don Antonio; otro se prevale de un viaje del duque de Osuna, que acaba de llegar con hombres de ley, para hacer oír los argumentos del rey de España (3).

Pero los hombres de ley no valen lo que los soldados para esto de ganar reinos; Felipe lo sabe muy bien, y ordena á sus secretarios «darnos pareceres sobre la forma que se ha de tener para apoderarse de Portugal en caso que se hubiese de venir á las armas» (4). Sus teólogos le han declarado ya que «el usar S. M. de las armas en esta ocasion será defensa natural del reino que le pertenesce y justo castigo de los rebeldes» (5). Con esto encarga al duque de Medina Sidonia reunirle un ejército en Andalucía (6); retiene en la rada de Gibraltar al marqués de Santa Cruz con treinta y nueve galeras; hace que se le dé cuenta del estado de

(1) Herrera, tom. II, pág. 160.

(2) *Doc. inéd.* tom. XL, pág. 141.

(3) *Ibid.* pág. 251.

(4) Ms. Bibl. nac. franc. 16106, folio 61, del 28 de mayo 1579.

Esta misma coleccion comprende las *Memorias* sobre los derechos de Felipe II y sobre sus negociaciones en Portugal, fols. 114, 119 á 121.

(5) *Doc. inéd.* tom. VII.

(6) *Ibid.* tom. XXVII, pág. 210 y siguientes.

las guarniciones, de las fortificaciones y de los viveres en las plazas de la frontera; llama los tercios de Italia y se dispone á lanzar treinta mil soldados á Portugal el día en que sepa la muerte del rey cardenal.

Ni un ducado se envía ya á los Países Bajos: todos los recursos de la monarquía son aplicados al nuevo ejército ó á las munificencias mañosamente distribuidas por Mora. Apénas se decide el rey Enrique á remitir á las córtes el cuidado de designarle sucesor (7), cuando Mora hace de modo que Lisboa elija los diputados escogidos por él (8); sus manejos electorales no triunfan igualmente en todas las ciudades; pero gana para Felipe tres de los cinco regentes que el rey cardenal nombra para recoger el gobierno luégo que él espire. Esta hora es esperada con ansia y se acerca más y más. Se quiere celebrar el cumpleaños del moribundo (9) y se rodea su cama; y aquel mismo día en que cumplía sesenta y nueve años, el rey Enrique muere á las once con el eclipse (10). «¡Que haya gloria!» exclama Felipe (11). Y se da prisa en llamar al duque de Alba de su destierro de Uceda y lo envía á Extremadura á tomar el mando del ejército de ocupacion (12).

IV.—Campana del duque de Alba

La eleccion del duque de Alba es más bien cosa forzada, pero con apariencia de voluntaria y agradable, dice Saint Gouard dando á entender cómo Felipe, que había rechazado á todos los hombres dotados de condiciones de mando, se ve precisado, sin embargo, á llamar en esta hora de crisis á los antiguos discípulos de Carlos V, el cardenal Granvela y el duque de Alba.

Al llegar en medio de sus soldados encuentra el duque por maestre de campo general á

(7) Diciembre de 1579.

(8) Cabrera, tom. II, pág. 571. «Hizo elegir en Lisboa los procuradores á su modo.»

(9) El 31 de enero de 1580.

(10) Ms. Bibl. nac. franc. 16107, fol. 15, del 7 de feb. 1580, Saint Gouard á Villeroy.

(11) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 263, el rey al duque de Medina Sidonia, del 19 de febrero.

(12) Se vió en la parte segunda de esta historia como el duque de Alba fué relegado á Uceda por haber consentido el casamiento de su hijo Don Fadrique con doña María de Toledo, á pesar de la obligacion que tenía con Doña Magdalena de Guzman. Esta no tardó en consolarse casándose el 4 de octubre de 1581 con el marqués del Valle. (Cartas de Madrid, 30 octubre 1581, piezas copiadas y comunicadas por Morrel Fatio) «El día de San Francisco se casaron y velaron el marqués del Valle y Doña Magdalena de Guzman en Toledo con gran contento, con que se ha acabado la persecucion de Don Fadrique.» Pero fué poco considerada: la duquesa del Rio Seco rehusó darle un título de cortesía y la trató de merced (*Ibid.* 8 enero 1582.) En cuanto á Fadrique, despues de recobrar su libertad, tuvo un hijo, con gran desesperacion de su hermano, el condestable de Navarra (*Ibid.* 25 de octubre de 1582); pero el niño vivió poco.